

Vive libre, libre crece,
Sobre el tallo que alimenta
La vena que te sustenta
Ese precioso botón,

En cuyo centro se mece
Un corazón que no veo;
Pero que de cierto creo
Que ha de ser un corazón.

Y las brisas te festejen,
Y mimen las mariposas
Las mejillas temblorosas
De tu rostro de carmín;

Y las hormigas se alegren
De tus contornos suaves,
Y te saluden las aves
Por la reina del jardín!

CAROLINA CORONADO



Los tres fundamentos de la existencia de Cáceres

(Lo geológico, lo hidrográfico y lo estratégico)

CUANDO hace dos mil años fundaban los romanos la Colonia Norba Cesarina, no realizaron un acto caprichoso y arbitrario, sino que proseguían una trayectoria iniciada milenios antes sobre la sólida base de firmes realidades. Cáceres nació porque le dieron y aseguraron la vida tres concretos fundamentos: lo geológico, lo hidrográfico y lo estratégico.

Con el paso del tiempo, lo geológico perdió totalmente su vigencia, decisiva en el arranque inicial y en larguísimo periodos. Lo hidrográfico, aún conservándola, vino a supeditarse a lo estratégico, que se impuso con fuerza por su carácter excepcional. Fue éste el móvil indudable de la fundación romana; pero muchos milenios antes habían sido los otros dos fundamentos los que dieron vida y continuidad al núcleo que sería Norba y hoy es Cáceres.

Al primer grupo humano llegado a estos parajes en las lejanías remotas del Paleolítico superior le alentaba únicamente el impulso primario de subsistir. Necesitaba para ello viviendas, agua y comida, a base ésta de la pesca y la caza. No hay duda de que el alimento lo vinieron encontrando a lo largo de su ruta de emigración, para nosotros misteriosa y desconocida; pero aquí hallaron además un enlace magnífico de lo geológico y lo hidrográfico, que le había dispuesto adecuadas viviendas en las oquedades del Calerizo y agua abundantísima en el inagotable manantial que llamamos El Marco.

Estos dos fundamentos, básicos para subsistir, detuvieron hace unos treinta mil años a los primeros pobladores de Cáceres, en medio de un panorama distinto por completo del que hoy contemplamos, con el clima y la fauna propios de un periodo interglacial.

Corrían por estos campos los rinocerontes, los osos y las hienas cuando llegó ese grupo, al que no pudieron sorprender unos animales con los que estaban familiarizados; pero a los que tuvo que causar gratuita sorpresa el encontrarse junto a las viviendas, que eran incapaces

de construir, el agua, en cuyas inmediaciones tenían forzosamente que establecerse.

No podemos dudar de que hubo verdadera sorpresa al encontrar lo que no podían suponer que aquí existiese, tras las desesperanzadoras caminatas por amplias zonas de escasos manantiales, de ríos de curso discontinuo, secos en los estiajes, en las que la pizarra, el granito y la cuarcita no le brindaron abrigo adecuado.

La feliz conjunción geológico-hidrográfica, el Calerizo y El Marco, dieron vida y estabilidad a una incipiente población destinada a persistir. Esos dos fundamentos fueron bastantes para que, al correr de muchos siglos, aquellos hombres primitivos pudieran evolucionar, llegasen a los tiempos de clima y fauna actuales, cruzaran hace unos cinco mil años —cuando se alzaban las pirámides de Egipto— el paso del Paleolítico al Neolítico, de la piedra tallada a la pulimentada, y viesan alborear la era de los metales, con la edad del Bronce.

Aquellos hombres habían vivido en las cuevas del Calerizo miles de años, en lucha con la naturaleza y con las fieras, en la más completa soledad, pues no hay indicios de que existieran grupos vecinos, ya que las estaciones arqueológicas del período se encuentran en las lejanas zonas costeñas. La Cueva de Maltravieso, en la que las pinturas y los huesos de los animales mencionados nos atestiguan la existencia de un Cáceres cuaternario y paleolítico, es única en el interior peninsular.

En esta y en otras oquedades del Calerizo permanecieron nuestros remotos antepasados hasta la aparición de los metales. Ya entonces había empezado a cobrar una importancia básica el tercer fundamento de la existencia de nuestra ciudad: lo estratégico.

Aquellos hombres sabían hacer rudimentarias viviendas y actuaban con las primeras nociones arquitectónicas, construyendo dólmenes y murallas. Estas últimas surgieron como consecuencia de la necesidad de defenderse, porque el aislamiento del Cáceres paleolítico se había roto y eran bastantes los núcleos vecinos, sobre todo desde que por el año 900 antes de Jesucristo se iniciaron las invasiones indo-europeas.

También habían ido comprendiendo que aquel lugar en el que los detuvo lo geológico y lo hidrográfico, las cuevas y el agua, era un punto estratégico de importancia excepcional. Se fueron dando cuenta al observar el paso, siempre por la misma ruta, primero, de los animales emigrantes; después, de los invasores, y por último de las caravanas que transportaban el cobre y el estaño, componentes del bronce. Comprendieron también que aquella ruta, sobre la que ellos estaban situados en una posición ventajosisima, era el camino natural forzoso que unía los vados de los dos grandes ríos comarcanos, el Tajo y el Guadiana.

Así tomó vida el tercer fundamento, lo estratégico, que se impuso con fuerza, eliminando lo geológico. Los cacereños —llamémosles así, aunque ellos no podían ni sospechar tal denominación— abandonaron las cuevas del Calerizo, para establecerse en la eminencia rocosa de nuestro barrio monumental, donde al amparo de las murallas, alzadas por ellos, podían defenderse y dominar la ruta de paso forzoso.

Cáceres —sin este nombre ni ningún otro que sepamos—, inició aún en la prehistoria su rango de base estratégica fundamental, que iba a mantener ininterrumpidamente por varios siglos. Lo hidrográfico seguiría cooperando, con otro manantial más próximo, la que llamamos Fuente de Concejo. Más tarde, cuando el hombre supo almacenar el agua, construyendo pozos o aljibes, este fundamento pasó a un lugar más secundario; pero es una curiosa coincidencia, digna de anotar, que en nuestros días, cuando se olvidó hace milenios lo geológico y ha perdido todo interés lo estratégico, sigue con total vigencia lo hidrográfico, porque el agua que hoy abastece a Cáceres es la del copiosísimo manantial de El Marco, la misma que detuvo hace unos treinta mil años a los primeros pobladores.

Con rango de base estratégica terminó el núcleo cacereño el ciclo prehistórico e hizo su entrada en la Historia, en el período de romanización, que se inicia aquí con la venida de Servilio Cepión para combatir a Viriato, asesinado el año 139 antes de Cristo. Fue este general romano el que fundó en la comarca el primer campamento, el Castra Servilia, tras de explanar una calzada sobre la ruta natural de acceso a los vados, en la que Cáceres ocupaba el lugar de privilegio al que debía su importancia estratégica.

Unos años más tarde, en el 78 anterior a nuestra era, llegó Quinto Cecilio Metello durante sus campañas contra los partidarios de Sertorio, fundando otro campamento, el Castra Cecilia, en las inmediaciones de nuestra ciudad, en la finca denominada hoy Cáceres el Viejo.

Finalmente, completóse la romanización al fundarse en el recinto del Cáceres monumental la Colonia Norba Caesarina, hace ahora dos mil años justos.

Como empezamos diciendo, no fue caprichoso ni arbitrario el emplazamiento de esta importante base en el lugar que ocupaba el poblado prehistórico, sino que obedecía al decisivo fundamento estratégico. Los romanos comprendieron que el lugar exacto para defensa y dominio era el que habían elegido y murado los aborígenes. Por eso se fundó aquí la colonia, con el primer nombre conocido que tuvo nuestra población, el de Norba, importado de Italia, de una ciudad del Lacio por el procónsul Cayo Norbano Flaco.

La vida de este recio recinto prosigue ya a lo largo de la historia sustentado por el fundamento estratégico, como punto vigilante de la ruta natural, convertida en la famosa calzada que se llamó Via de la Plata, que iba del vado del Guadiana, en Mérida, al del Tajo, en Alconétar, con prolongaciones por el Sur y por el Norte. Pero, además, para mayor importancia estratégica de Norba, se desviaba de aquí otra ruta natural a otro vado del primero de los citados ríos, al de Medellín.

Como base estratégica remata nuestra ciudad el período romano, recibe las invasiones bárbaras, con el predominio definitivo de los visigodos aquí el año 418, y cae en poder de los árabes a comienzos del siglo VIII. Unas veces pujante y otras decadente, como lógica consecuencia de una importancia vinculada a lo bélico, Cáceres había ido ya cuajando este nombre, con alteraciones ortográficas, para resurgir con pujanza definitiva cuando la ocupan los almohades, que llegan después de arrebatar en lucha a sus hermanos islámicos, Badajoz, en 1148. Murallas y torres rehacen la vieja fortificación romana y forman un recio baluarte que pretende frenar el avance de los cristianos reconquistadores leoneses, forzados a descender por la ruta natural, convertida siglos antes en calzada.

Todo esto, centrado en lo estratégico, fue perfilando la historia, la fisonomía y el estilo de Cáceres. Siendo la lucha su misión histórica, su estructura tenía que ser de fortaleza, con torres y casas fuertes. Cuando ocupa transitoriamente la plaza el rey de León Fernando II, nace aquí, en 1170, una orden militar que se llamó de los Fratres de Cáceres y que sería luego la famosa Orden de Santiago; porque era necesario que caballeros de espada y lanza defendieran tan importante base. En su defensa murieron estos precursores santiaguistas, cuando en 1174 la ocupó de nuevo la tropa del califa almohade Abu Jacob, cuyo nombre, alterado por el vulgo, quedaría como recuerdo en una de las torres de la muralla, la de Bujaco.

Alfonso IX, al reconquistar definitivamente en el sexto lustro del siglo XIII la plaza, que ya se llamaba Cáceres y tuvo título de Villa, valorando su fundamental importancia estratégica, no quiso que pasase de nuevo a depender de la Orden de Santiago y la incorporó a la Corona leonesa. Obedecía esto a la enseñanza histórica de los siglos que detuvo el avance cristiano este recio baluarte, que asegurado ahora, dio ya paso para que llegaran los reconquistadores hasta Sevilla y Córdoba.

La incorporación de Cáceres a la corona vino a completar el molde de la fisonomía y el estilo que desde antes impusiera el fundamento en total vigencia, el estratégico; porque aquí asentaron para la defensa caballeros de nobles linajes, aportadores del matiz señorial y tam-

bién del religioso. Surgió a partir de entonces este solar de monjes y guerreros, de torres y palacios, de iglesias y casas fuertes, ceñido por las viejas recompuestas murallas y adornado con portadas, ventanales, escudos y lambrequines, en los que fueron dejando su encanto el mudéjar, el gótico, el Renacimiento, el plateresco y el barroco.

Corrieron los siglos y Cáceres fue escribiendo su historia heroica, dentro y fuera de su recinto. Lo estratégico impuso deberes en las luchas de banderías nacionales, en las guerras con Portugal y hasta en la invasión napoleónica; pero al mismo tiempo había ido proyectando al exterior su pujanza en Granada, en Europa y, sobre todo, en las Indias: en la gran epopeya universal de Extremadura, de la que abrió el camino a las gentes de su tierra aquel primer gobernador que se llamó frey Nicolás, que había nacido en Brozas y que llevaba el cacereñísimo apellido de Ovando.

Aún podemos ver un último y tardío conato del fundamento estratégico cuando en la reciente contienda establece el Generalísimo Franco su primer Cuartel General en Cáceres, encrucijada en los caminos que enlazaban los ejércitos del Norte y del Sur.

Pero desde mucho antes, nuestra ciudad tenía asegurada la continuidad, que, con el cambio total de conceptos, no necesitaba ya el apoyo de los tres fundamentos que le dieron y conservaron la existencia durante miles de años. El recuerdo de lo geológico se perdió en lejanías de siglos. Lo hidrográfico, aún suponiendo una pervivencia, tendría siempre otras soluciones. Las armas modernas han eliminado lo estratégico. Las que fueron ayer razones fundamentales de existir, hoy son simple curiosidad, digna de resaltarse por olvidada.

Olvidado y curioso es el hecho de que Cáceres tuviera sus raíces en esa trilogía que formaron con su enlace lo geológico, lo hidrográfico y lo estratégico; tan olvidado y tan curioso, que difícilmente lo comprenderán los que no entren a fondo en el estudio de nuestro pasado lejano. Al oír los relatos de las hazañas de los cacereños o de las glorias de sus linajes, al contemplar la maravilla evocadora y asombrosa de nuestro barrio viejo, nadie se acuerda para nada de que todo esto lo hicieron posible el Calerizo, el Marco y el camino a los vados del Tajo y del Guadiana.

EL CONDE DE CANILLEROS